

# LOS OBISPOS Y LA IGLESIA DEL SUR ANDINO

Comentario a "La señal de cada momento:  
documentos de los obispos del Sur Andino,  
1969-1994"

Mons. José Dammert Bellido

---

ENTRE ENERO Y FEBRERO de 1940, el profesor Juan Cavazzana y tres jóvenes docentes de la Universidad Católica, Domingo García Rada, Guillermo Lohmann Villena y yo, animados por el padre jesuita Rubén Vargas Ugarte, nos lanzamos a recorrer los Andes del Perú. Salimos de Lima hacia Huancayo, Huanta y Ayacucho, en tren y automóvil, para luego cabalgar un día hasta Chincheros donde pernoctamos. Al día siguiente partimos hacia Andahuaylas, prosiguiendo luego a Abancay, Cusco, Puno y Arequipa.

Fue un viaje impresionante, sobre todo para mí, un limeño que conocía por el norte hasta Ancón, por el sur Pucusana, por el centro Chosica, y por el oeste la isla San Lorenzo. Antes, estuve casi cinco años en Italia, visitando Francia, Bélgica, Austria, Alemania, Malta y Trípoli, lo que constituía una real vergüenza.

Las alturas y la inmensidad de la región centro-meridional del Perú, las distancias inacabables, la diversidad de ambientes y la insuficiente atención estatal y eclesial me quedaron grabadas. La visita al Seminario de Ayacucho me desconcertó por el abandono y atraso,

comparado con el empuje por las vocaciones sacerdotales iniciado en Lima. Las inquietudes sociales despertadas por autores y movimientos anteriores a la segunda guerra mundial crecían frente a la situación de los hombres y mujeres andinos, sometidos, despreciados y explotados.

Por mi afición a la historia del Perú supe después que la diócesis de Puno, erigida en 1861, contó desde 1865 con Juan Ambrosio Huerta, un obispo de amplia visión, encarnada en el Sínodo que presidió con interesantes y prácticas aplicaciones. La miopía del gobierno de turno, por celos del Patronato, lo obligó a salir de su diócesis para estar de párroco en Huacho y, luego, pasar al obispado de Arequipa, donde ejerció un fecundo pontificado (1880-96), siendo según el padre Vargas el mejor prelado del siglo XIX.

Después de la salida de monseñor Huerta, Puno quedó sin obispo por espacio de veinte años debido al fallecimiento de dos preconizados, y sólo en 1889 tomó posesión monseñor Puirredón.

A principios de este siglo sucedió un hecho inverosímil: por ancianidad del obispo de Trujillo, fue nombrado administrador apostólico de esa diócesis el obispo de Puno, monseñor Puirredón, con retención de su sede. Fueron nueve años, con breves visitas anuales a la ciudad del lago y largos y pesados viajes. A los pocos años, por capricho de un diputado puneño, quedó vacante la diócesis durante otros nueve años. Tales vacancias, como siempre, obstaculizaron la atención pastoral con graves consecuencias, puesto que duraron en total unos cuarenta años.

De ahí que fuera bien acogida la insistente petición del Nuncio Fernando Cento, celoso pastor, a la Congregación de Maryknoll para que, al perder la posibilidad de misionar en la China, se trasladase a Puno. La venida de los padres y de las hermanas Maryknoll en 1943 constituyó un enorme beneficio, por

lo que el año pasado celebramos con júbilo los 50 años de su labor apostólica entre nosotros.

A mediados de los años '50, otro nuncio, Francisco Lardone, propició la erección de prelaturas «nullius», o sea, jurisdicciones que no dependían de una diócesis. Se erigieron entonces las prelaturas de Juli (1957), Ayaviri (1958) y Sicuani (1959), simultáneamente con el obispado de Abancay (1958) y el nombramiento como Obispo de Puno del salesiano Julio Gonzales. El Espíritu Santo inspiró los nombramientos de los primeros prelados, Fedders para Juli, Metzinger para Ayaviri y Hayes para Sicuani.

Fedders, como sus sucesores Koenigsknecht y Briggs, al ser miembros de una institución misionera, igual que todos los que trabajaron en China y en el Perú, tanto varones como mujeres, poseían una disposición, casi natural, para arriesgarse esforzadamente en la aventura de ejercer su labor en una zona tan ardua como la altiplanicie del Collao.

Más difícil era la inserción de un profesor de filosofía, Luciano Metzinger, pero tanto él como su sucesor Lucho Dalle habían pasado la terrible experiencia de los campos de concentración nazis, y pudieron injertarse en medios tan distintos de los franceses. Lo mismo hicieron los religiosos de los Sagrados Corazones, así como sacerdotes franceses, belgas y suizos que se empeñaron en la atención pastoral en esa región.

Más difícil aún fue para un ardoroso párroco del distrito de Miraflores, Nevin Hayes, que inopinadamente tuvo que cambiar la visión del Parque Reducto de Miraflores por el paisaje de las ásperas provincias altas del Cusco. Después de unos años de esforzada labor, Hayes dejó la prelatura de Sicuani por insuficiencias cardíacas (lo mismo ocurriría en las otras jurisdicciones con Metzinger, Durand y Michelli, debido a las alturas andinas) y lo sucedió el buen pastor Albano

Quinn, quien en 20 años ha pasado de gringo a *runa*, a pesar de su estatura física.

Nombrados los primeros prelados antes del Concilio Vaticano II, tuvieron la oportunidad única de participar en él y vigorizar la ejecución de sus tareas con el espíritu y obra de ese gran acontecimiento eclesial.

Apenas concluido el Concilio es preconizado arzobispo del Cusco, Ricardo Durand, un ardoroso jesuita, de amplio corazón, que se entregó de lleno a la acción pastoral. Enrique Pelach asumió la diócesis de Abancay, y con vigor y humildad de párroco, desplegó una eficaz acción en favor de las necesidades más urgentes como la atención de los leprosos y la preparación de candidatos al sacerdocio. Renzo Michelli, agustino, cambió su bella Italia por la circunscripción eclesiástica más abrupta y fragosa de los Andes, Chuquibambilla (erigida en 1968). Lo hizo con dedicación y amor, demostrados expresivamente en las visitas que le hice en Santa Prisca de Roma hasta el año pasado.

El trabajo de renovación e inserción realizado durante diez años por los tres primeros prelados y por Julio Gonzales, fue reconocido por los otros que empezaron después del Concilio en las reuniones que tuvieron para erigir el Instituto de Pastoral Andina en 1969. Lo hicieron, además, impulsados por la actuación y sobre todo el espíritu de la II Conferencia Episcopal latinoamericana reunida en Medellín, en donde Durand presidió la comisión de pobreza, Metzinger la de medios de comunicación, y el que habla la comisión de los laicos.

Para la fundación del IPA contaron también con la colaboración del arzobispo de Ayacucho, Otoniel Alcedo, y posteriormente de su auxiliar, Elías Prado Tello, y del auxiliar del Cusco, Severo Aparicio.

Al conmemorar los 25 años de la fundación del IPA he querido recordar a quienes fueron sus pilares,

a los cuales habría que sumar a quien fuera su eficiente primer director ejecutivo, Luis Dalle, por su abnegada dedicación a la Iglesia surandina al comprender las ingentes labores que era urgente desplegar.

Sin embargo, es indispensable continuar el recorrido de este cuarto de siglo, fecundo también por los sacrificios y dolores. Entre ellos, la muerte de Eduardo Fedders celebrando la tercera misa dominical como sencillo cura andino; la muerte en accidentes vehiculares de Lucho Dalle, Lucho Vallejos, Alberto Koenigsknecht y Julio Gonzales, que son misterios de la Providencia que acatamos humildemente.

Tenemos, además, las alegrías de los nombramientos de quienes les sucedieron en las sedes prelaticias o episcopales, con igual vigor y visión de los problemas. Alberto Koenigsknecht y, más tarde, Miguel Briggs en Juli; Luis Dalle y luego Paco d'Alteroche en Ayaviri; Albano Quinn en Sicuani, Lucho Vallejos que conmutó la sede con Durand, Jesús Mateo Calderón en Puno. La continuidad en el desarrollo del IPA se debió a la línea seguida desde su establecimiento por quienes aceptaron con entrega las faenas desplegadas por sus antecesores, acompañados de sacerdotes, religiosas y laicos con igual dedicación.

El volumen *«La señal de cada momento»* recoge las orientaciones y perspectivas de todos ellos, de acuerdo con las circunstancias pero siempre inspiradas en los principios establecidos.

Desde lejos, les acompañé, especialmente en las asambleas generales de la Conferencia Episcopal, apoyando sus iniciativas, dialogando en reuniones con ellos, participando en gestiones ante las congregaciones romanas o ante las autoridades del gobierno nacional. Tuve la oportunidad de estar en la semana celebrada en 1980 en el Cusco, viviendo con Lucho Vallejo y, luego, visitando en sus ciudades a Albano, Dalle, Alberto y Jesús Mateo, compenetrándome de sus labores y miras

y teniéndoles una santa envidia, porque ellos trabajaban unidos mientras que yo estaba aislado en el norte y tenía que esforzarme individualmente en procurar resultados sobre la base de idénticas ideas, esto es, «proclamar el Evangelio a toda criatura» en medio de la diversidad de situaciones culturales y tradiciones, procurando -como dijo Juan XXIII- expresarlo en el lenguaje de estos tiempos y lugares.

El año pasado pude palpar la vitalidad del IPA, que siempre seguí en sus publicaciones, como también del Instituto de Estudios Aymaras, en la semana de evaluación y encuentro habida en Juli. Allí pude conversar largamente con Jesús Calderón en el obispado de Puno y, a la vez, tener reuniones con Albano y con Raymundo Revoredo y Juan Godayol, nuevos prelados de Juli y Ayaviri, respectivamente.

En esa semana me aclamaron como «obispo honorario del Sur Andino» sin tener en cuenta las normas canónicas, tal vez por haber expresado hace muchos años que «la legislación canónica no rige sobre los dos mil metros» (por darle soroche), lo que me obligó este año a enseñar el derecho canónico a los seminaristas del Sur Andino.

La revisión del volumen que hoy presentamos me ha recordado la vivencia tenida con la obra de la Iglesia del Sur Andino, de la que doy testimonio por haberla compartido desde sus comienzos.

He condividido con ellos críticas infundadas y exageradas, incomprendiones acerca de posibles soluciones adaptadas a las circunstancias muy particulares de los moradores aymaras y quechuas, mal entendimiento por declaraciones y actitudes en favor de los desposeídos, principalmente las arrinconadas comunidades nativas en los peores suelos y, en general, la desconfianza suscitada por el deficiente conocimiento de la situación real, por falaces interpretaciones o por considerar que es preferible no hacer nada que arriesgarse en proponer

y desarrollar soluciones. Han sido más de 25 años de sufrimientos, soportados con cristiana paciencia y resignación, tratando de aclarar puntos discutibles y no dejando abandonados a los más pobres.

Al lado de esa deplorable situación todos los agentes pastorales -prelados, sacerdotes, religiosas y laicos- han trabajado codo a codo con los fieles andinos en el desarrollo de una pastoral evangelizadora de cristianos bautizados durante siglos, pero con frecuencia ignorantes y faltos de la más elemental catequesis y participación en los sacramentos de la eucaristía, penitencia, unción de enfermos y orden sacerdotal y matrimonio. La gran alegría actual es la de admirar la existencia de comunidades cristianas, integradas por personas que viven los preceptos evangélicos amando a Dios y al prójimo.

La paciencia, abnegación, entrega han producido sus frutos. Y donde prácticamente no existía Iglesia, los pastores del Sur Andino han establecido una que es católica, apostólica y romana, con acompañamiento ecuménico buscando lo que nos une y no lo que nos separa.

Con audacia y prudencia los pastores de las Iglesias de Cristo que están en el Sur Andino han creado lo que hoy contemplamos gozosos y pedimos a Dios que prosigan porque aún falta mucho por hacer.

*Nota del editor:* Este texto fue leído durante la presentación del libro "La señal de cada momento: documento de los obispos del Sur Andino, 1969-1994" (IPA-Cep, agosto de 1994, 336 pp.) en la ciudad de Lima, el 31 de agosto de 1994.